

Naslov originala:
JEDINO VĚTAR
Dejan Aleksić

Copyright © Dejan Aleksić 2011
Copyright © ovog izdanja Kontrast izdavaštvo 2020

Za izdavača:
Vladimir Manigoda

Urednica:
Jelena Nidžović

Prevod:
Silvia Monrós de Stojaković

Lektura i korektura:
Kontrast izdavaštvo

Dizajn korica:
Jelena Jaćimović

Prelom:
Anica Lapčević

Štampa:
F.U.K. d.o.o.

Tiraž:
1200

Este proyecto ha sido financiado con el apoyo de la
Comisión Europea
Ovaj projekat je realizovan uz podršku Evropske komisije.



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

DEJAN ALEKSIĆ

SOLO EL VIENTO

Poesía traducida del serbio al español
por Silvia Monrós de Stojaković



KONTRAST
Beograd, 2020.

*¿Por qué no defenderse del trueno con un junco
si el orden de las estrellas sucumbe en el agua?*

Philippe Jaccottet

ALLÍ DONDE EMPIEZA EL MUNDO

EPIFANÍA

Nunca había escrito un poema viajando
en ómnibus, cuando el lápiz cala ilegiblemente
la blancura a cuadros. Frágil es el soporte de la vista
del castaño a la lejanía y es preciso que la palabra espía
disponga de firmeza. Anoto: la copa lejana
sostiene el refugiodelcielo La señora a mi lado
de vez en cuando cierra los párpados carnosos,
apaciguada como tras una disputa con Dios. En su falda,
similar a un murciélago muerto, yace un paraguas
negro. *Dios mío*, se le escapa en forma apenas audible
mientras pasamos de largo un camión cargado de ganado.

Nunca escribí un poema yendo
en ómnibus, mientras la pasión caligráfica
depende de la calidad de los amortiguadores.
Bien que lo veo: la palabra refugiodelcielo recuerda el golpe
en el bache del pavimento. Algunos incluso consideran
que el Firmamento también está repleto de agujeros
y que a través de ellos uno se puede asomar
a los días sagrados. Desde luego, yo no podré asomarme.
En mi refugiodelcielo dos letras ilegibles
y miserables como la o, dos cavidades enfriadas,
están crucificadas en la corriente de aire
de la ceguera vocal.

Al final del poema escrito en el ómnibus
también habrá que decir lo siguiente:
la estación otoñal es la madrastra de los paraguas,
pero el Señor es bueno, y se muere sin ira,
a favor de un mundo en el que los castaños sostienen el cielo.

ESE ÁRBOL

Puede que en cada uno de nosotros
crece un árbol solitario
de cuyas ramas cuelga inmóvil
un columpio o que en la copa
se herrumbra el esqueleto metálico de un barrilete.

Un nombre o un signo, podría ser,
cicatriz en su corteza, o bien
crece con él, como un tumor silencioso.

En los días tormentosos se aferra
empedernidamente a los desechos
de nuestros sueños. Después, tranquilo como un profeta,
por mucho tiempo lleva puesto el claro tejido
de las lluvias que no lloramos.

Puede ser que ese árbol cierre
los sabios anillos de su edad
detrás del tiempo del que creemos poseerlo.
Por eso le teme a los inviernos,
que siempre vuelven con el sonido de las hachas
y las primeras fogatas escuálidas.

A veces desea asomarse
con una rama, o lanzar al menos una sombra
a través de la jaula de nuestras costillas.
Eso nos sobresalta cual una idea
Magnífica, o un ataque de exaltación
divina. El hombre ha dado consigo mismo.

Entonces el hombre cierra los ojos
y las hojas siguen cayendo dentro suyo.

Pero acaso haya que callar de ello
con todas las fuerzas. Acaso haya que salir solo
a la calle, un bosque que camina.
Dar tres golpecitos a la madera
cuando alguien alabe nuestro aspecto.

Ya que puede muy bien ser
que en cada uno de nosotros crece un árbol solitario.
Y que tiembla mientras los clavos estelares fijan la noche
y los leñadores cantan al amor,
abajo, en la aldea que duerme desde hace mucho rato.

EL INICIO DEL TEMA CLÁSICO

Vale decir de inmediato
que esto ya se ha dicho
tantísimas veces: un juego de dados
en el idioma de la sal, un olor a pino,
y sus edificios incendiados
muy por los altos de la poesía,
y un rebaño de cabritas
bajando por el sendero abrupto
al campo de los olivos.

Cada vez podemos volver
a nuestros queridos libros,
encuadrados, y a la política
máxima, donde la araña
teje su red.

De hecho, eso es solo lo que te queda:
el regreso; la sal; algunos pinos,
si bien las cabras siguen como para que el mundo
siga pareciendo el hogar al que regresas,
como el polvo en las estanterías de tus libros.

Hasta que no te creas que el hogar, de hecho,
es el mundo; un mundo borroso y engañoso,
semejante al recuerdo de alguien
que toda la noche espera y sigue tejiendo.

EL POZO

Aquel por el que nos llega el picor
luminoso de la tierra, o aquel
por el que nos asomamos temiendo las prohibiciones:
el pozo siempre es un pasaje hacia algo
donde hace rato esperamos encontrarnos con nosotros
mismos.

Sacamos el mundo a la luz del día
a través de los pequeños pozos de las palabras,
pero sabemos: lo que se sacó de la oscuridad
aumenta el valor de lo que quedó en ella.

Por eso seguimos descendiendo a nosotros mismos
por senderos ya marcados, en busca del filón
o del carbón acumulado junto al corazón:
habrá más inviernos gélidos
y corrientes de aire que cantan a través de las costillas.

Un tiempo en que nadie viene de visita
y en el que el mundo se manifiesta rara vez de verdad
con la voz del búho por encima del pasillo en sombras
por el que acaban de irse los buscadores de oro.

ALLÍ DONDE EMPIEZA EL MUNDO

El mundo empieza del otro lado de nuestros conocimientos.
Digamos, allí donde una anciana menesterosa
enciende el fuego con los diarios del siglo pasado.
Al atardecer el viento hilvana el aire con sus acordes fríos
y los cuervos están inmóviles como las notas
de un réquiem impresas en el esqueleto del abedul.
Si en este lugar mencionáramos la melancolía
el mundo redoblaría su vacío bajo la estocada
de nuestros miserables conocimientos. Por eso,
que la duda y la arbitrariedad cobren brío
ante nuestro cándido deseo de que exista el mundo.

Puesto que el mundo empieza del otro lado de nuestros
conocimientos.

Allí, digamos, donde un contable soñoliento
deja en herencia la soledad a los ángeles algebraicos.
en la mesa, junto a una pila de cuentas y cifras de impuestos,
durante años está enmarcado el abrazo de su difunta esposa
con la hija que desata los secretos
de una vida mejor, en un cruce de la red de meridianos
tristemente lejanos. La luz es débil y los ojos
están cansados, y al parecer, la noche será
otro eco chocando con los muros del alma cubiertos de
hierbas.

Desde aquí, pues, podía haber empezado el mundo
de no haber sido por las múltiples suposiciones. Acerca
de la soledad
y del dolor, de los calendarios y del rebaño contado antes
de dormir.

Puesto que el mundo empieza del otro lado de nuestros
conocimientos.

Acaso allí donde el joven sacerdote coloca el Evangelio
después de leer algún fragmento suyo en la pequeña
iglesia rural
y vacía. Los pocos parroquianos que quedan van
perdiendo la fe
o hace rato que cedieron al peso de la duda. Pero de noche
se puede oír cómo el ratón de la iglesia roe el eje del universo.
Las sogas del campanario ya fueron devoradas por sus
antepasados,
en épocas en que todavía se producían milagros.
Esta noche habrá tormenta y la campana en movimiento
revivirá en sus propias entrañas. Mas, hay demasiada realidad
entre tantos verbos hambrientos, demasiado sentido
heredado en la fe o en la duda como para que empiece el
mundo.

Puesto que el mundo empieza del otro lado de nuestros
conocimientos.

Y del otro lado de nuestros conocimientos yace
una mera piedrita blanca en espera de que alguien
la tire al mundo. ¿Pero quién se adentrará en un bosque
tan espeso,
en medio de un agua tan fría y oscura
que cura a las estrellas de la ceguera?